

primavera

Walter J. Mucher

Suspendida tentativamente en el oscurecer de la tarde, una abejita tontolea sobre mí mientras ella observa el titubear de mi cuerpo. A su derecha, una sombra gris, no, azul, se le aproxima, con rojos, verdes, amarillos y blancos esparcidos psicodélicamente en su periferia. Otra sombra se aproxima, se detiene por un momento bloqueando mi visión de la abejita, para una vez más retirarse. Veo la sombra achicarse en el fervor del atardecer, mientras, a mi oblicuada realidad, la abejita continua su tontolear conmigo. Una mano la aparta, pero la abejita se acerca de nuevo, intrigada, ofreciéndome su inofensivo y sensual saludo de juventud.

Una vez más la sombra se acerca, esta vez acompañada por otras sombras. Sombras verticales. Sombras horizontales. Sombras borrosas de grises, azules, verdes, amarillos, rojos y blancos. . . todas aglomeradas en mi campo visual. . . todas emitiendo inaudibles, pero sensibles sonidos, mientras la abejita mira con sorprendida atención, sumergida en el fervor de su baile, y olfateando el dulce aroma del polen en el atardecer. Y al caer las sombras sobre mí, observé a la abejita, tomada de manos por su madre, llorar mientras un funcionario civil declaraba en voz baja, pero firme, la hora de mi defunción.